

Guatemala

Los demonios del pasado y la consolidación democrática

EDELBERTO TORRES-RIVAS

El resultado adverso de la consulta popular en Guatemala, que en mayo de 1999 rechazó así los cambios a favor de una nueva Constitución en sintonía con los Acuerdos de Paz, no hizo más que poner en evidencia la pasmosa despolitización de la izquierda, el secular abstencionismo electoral y la base cultural racista de la sociedad guatemalteca. Los sectores conservadores y los sucesivos gobiernos, desde la restauración institucional han preferido apostar por una quimérica consolidación democrática apoyándose en la impunidad militar. Mientras tanto, la sociedad se descompone cada vez más.

En el presente que nos toca vivir –una sociedad que sale de un agudo conflicto armado y de un Estado contrainsurgente– construir la democracia política no solo debería ser asumido por todos los actores políticos como la única opción de organización del poder sino como un ineludible compromiso total, sin condiciones, para consolidarla. En consecuencia como una opción obligada, porque niega la fuerza negativa de la historia reciente. Si se alcanzó la paz negociada, la instauración democrática es la única respuesta urgente e inmediata. La paradoja de la experiencia centroamericana, de la que Guatemala es su más perverso ejemplo, es que la opción democrática surgió como parte del juego de la guerra. La decisión de abandonar el Gobierno por parte de los militares fue un acto racional de inspiración foránea, pieza esencial de una estrategia para disminuir, en el límite, la virulencia del conflicto. En un *tour de force* institucional se razonó que legitimando el poder represivo con gobiernos civiles electos a la cabeza, se desnaturalizaba la lucha guerrillera y se podría sostener el conflicto y, eventualmente, vencer.

No se previó bien que la aparición de políticos civiles en el Poder Ejecutivo facilitaría las negociaciones de paz. Ocurrió así desde el gobierno democristiano de Vinicio Cerezo y continuó hasta culminar con el de Alvaro Arzú, en

EDELBERTO TORRES-RIVAS: sociólogo guatemalteco; profesor-investigador de Flacso, sede Guatemala.

Palabras clave: transición democrática, conflicto, Guatemala.

1996. La lógica del juego electoral y de la participación política cambió los rasgos del escenario bélico. Y los sustituyó gradualmente por las razones de la competencia partidaria, del debate público y del ejercicio preliminar de los derechos políticos. Desde 1985, Guatemala entró de manera zigzagueante en un desarrollo democrático. Esta evolución entró en una nueva etapa –¿una segunda transición?– cuando las negociaciones de paz culminaron el 29 de diciembre de 1996.

Los fantasmas del pasado

Es aquí cuando empiezan a operar una serie de fenómenos sociales y políticos singulares que se erigen como obstáculos poderosos para consolidar la oportunidad democrática. ¿Por qué aparecen ahora?; ¿cómo explicar su vigencia? La opacidad del poder autoritario y las excusas del conflicto ocultaron problemas y pospusieron soluciones. Pero con el advenimiento de la paz la sociedad gana una transparencia y una laxitud que deja visibles factores de diversa naturaleza. Unos, favorables a la consolidación de la paz y la reconciliación nacional; otros, poderosos por sus raíces del pasado, resisten el cambio o buscan dirigirlo en provecho de las mismas fuerzas que desencadenaron el conflicto. Son como los fantasmas de nuestra propia historia que se resisten a desaparecer. La primera sorpresa fue el disgusto de algunos, pero sobre todo la apatía popular frente al fin del conflicto. La alegría de la paz alcanzada no dio ocasión para una fiesta nacional, como ocurrió en San Salvador, donde 100.000 bailaron en las calles celebrando la nueva época. Aquí fue un acto protocolario y diplomático, simbólico por sí mismo, pero de naturaleza partidaria, apenas acompañado en la Plaza de la Constitución por unas 10.000 personas que disfrutaron de una algarabía menor.

Alguien optimista que pertenece al 1% de la población más sensible del país, en una nación atropellada por 36 años de represión, dijo en ese momento, con más ánimo retórico que analítico, que la paz y la democracia se daban la mano y, en consecuencia, la marcha hacia el futuro sería más segura, más estable y definida; que entrábamos en una nueva senda. Ciertamente fue así, pero no se trató de la ancha avenida de la democracia, el desarrollo y la paz, sino de una vereda donde ese trinomio no cabe. El crecimiento económico, con la democracia, bajó su ritmo expansivo; la violencia política de la guerra fue sustituida por la violencia apolítica de la criminalidad común. Guatemala ocupa en las estadísticas internacionales el primer lugar per cápita en secuestros y muertes violentas en cerrada disputa, lo que es una comparación ruborizante, con Colombia. Los 36 años de conflicto en numerosos sitios dejó una estructura de naturaleza militar como autoridad local. La experiencia de haber puesto a pelear a civiles contra civiles, lugareños indígenas frente a otros indígenas, dejó hondas huellas de rivalidad y rencor. La experiencia de las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) que el Ejército impulsó durante 16 años dejó a grupos civiles armados y llenos de impunidad. El bandillaje rural, los continuos asaltos en las carreteras y el terrible estigma de los linchamientos son herencias directas de una militarización de la

sociedad. Son los ecos de la guerra que debilitan la confianza en las instituciones democráticas, hasta ahora incapaces de detener el oleaje permanente de crímenes, secuestros, asaltos y actos de justicia privada.

La izquierda también se desarma en lo ideológico

La segunda sorpresa ha sido el comportamiento de las fuerzas de la izquierda armada y sus seguidores, cuya opción por la política y la reconciliación los paralizó. Pareciera que al desmovilizarse como fuerza combatiente y entregar las armas, lo hubiesen perdido todo. El tránsito de comandantes a líderes políticos necesita un desbloqueo mental y cultural que aún no se habría producido. La URNG, coalición de las tres organizaciones guerrilleras, demoró su conversión en partido político legal, manteniendo durante 1998 y parte de 1999 un cauteloso silencio que muchos interpretan como complicidad con el Gobierno que los atrajo a la firma de la paz.

Dos cosas llaman la atención en relación con las organizaciones de izquierda marxista que se alzaron en armas, en los años 60, para tomar el poder y cambiar la sociedad. En primer lugar, su aceptación tácita y prudente del orden político al que se han acomodado con suavidad. Sin estridencias, han renunciado al programa revolucionario, lo cual es comprensible en las nuevas condiciones nacionales e internacionales. Pero no lo es su adhesión del diente al labio a un programa socialdemócrata que nunca apareció. Hace falta ahora, en pleno proceso electoral, una definición que los profile de manera propia y autónoma. Crear referentes precisos que los diferencie de la docena y media de partidos que están participando. La confusión en el campo de la izquierda se volvió desorden con la reciente división (agosto 1999) de la recién construida y prometidora alianza electoral. Uno de los grupos, con la URNG al frente, postula a un joven empresario medio que es sacerdote maya. Otro, el Frente Democrático Nueva Guatemala, tiene como candidato presidencial a un importante cuadro dirigente de la Democracia Cristiana¹. ¿Por quién debe votar alguien que aún se identifique como militante de izquierda? En segundo lugar, es igualmente sorprendente la estrategia de desmovilización de las organizaciones sociales que con tanto éxito la URNG dirigió en el pasado inmediato. De hecho, con su inactividad han contribuido a fundar un orden político en el que parecieran no existir problemas de extendida inequidad social, arbitrariedad laboral, constante alza en el coste de la vida. La paz social en un país injusto es el resultado de esta colaboración pasiva de la URNG, que no se comporta como fuerza de oposición. Y más bien, de su virtual adhesión a las políticas neoliberales de sus aliados del Gobierno.

1. El candidato de la URNG es Alvaro Colom, que no tiene pasado político, aunque fue funcionario de varios gobiernos anteriores. El candidato del FDNG es Catalina Soberanis, ex-presidenta del Congreso y ex-ministra de Trabajo por la Democracia Cristiana, de la cual es secretaria general adjunta. Debe decirse que la DC, por su extrema debilidad, no tiene candidato presidencial.

El revés de la Consulta Popular

La tercera sorpresa tuvo perfiles de catástrofe. Ciertamente, las fuerzas progresistas no han caminado bien en la consolidación democrática, pero alcanzaron su anticlímax con el resultado adverso de la Consulta Popular del 16 de mayo de 1999. Conforme a los Acuerdos de Paz firmados entre el gobierno del presidente Arzú y la Comandancia de la URNG, estaba previsto como un paso necesario para avanzar en el proceso de construcción de la paz, elevar a rango constitucional varias recomendaciones estratégicas contenidas en dichos acuerdos. El recurso a la consulta popular, una modalidad de referéndum prevista en la Constitución, resulta el tramo final de un debate que empieza en el parlamento y termina con una votación nacional. En otras palabras, se reforma la Constitución si una mayoría calificada en el Congreso Nacional así lo decide y una consulta popular lo ratifica.

A la población se le requirió la aprobación o rechazo de un paquete de 50 artículos constitucionales sujetos a reforma. Algunos de tales cambios tenían importancia jurídica y política, como por ejemplo las innovaciones relativas a la función del Ejército en una sociedad democrática, las reformas al sistema judicial, o las que prescribían el reconocimiento del carácter pluriétnico y multicultural de esta sociedad. La Consulta ratificó el rasgo más débil del proceso democrático: la abstención electoral, que viene aumentando desde 1985. En medio de una acentuada apatía política –votó solo el 18,5% de ciudadanos inscriptos– el resultado se dividió en un 9,4% que votó por el No y 7,5 por el Sí, con un 1,6 de votos nulos o en blanco. La pérdida del Sí, que hubiese confirmado la decisión parlamentaria y la voluntad de los Acuerdos de Paz, constituye un serio retroceso en el proceso de construcción de la misma. ¿Por qué no quieren votar los ciudadanos guatemaltecos ahora que nuevas condiciones democráticas dan garantías de honestidad? En la última elección presidencial (1995) la abstención cayó al 65%. Numerosas explicaciones se han intentado. Todas terminan concluyendo que el desgano participativo se origina en la desvalorización del ciudadano por todo lo que parezca estatal, por lo público. No obstante, cuando la naturaleza de las cosas se examina con la necia ventaja del «ex post», se advierte un hecho grave: el dinamismo por el cumplimiento de los Acuerdos de Paz venía perdiendo fuerza desde hacía tiempo. La construcción de la paz dejó de interesar a sustanciales sectores de la sociedad guatemalteca hasta el punto de llegar a cuestionar su importante significación histórica.

Las fuerzas conservadoras insisten en proclamar que los Acuerdos no tienen carácter vinculante y solo expresan una concertación amañada entre un Gobierno de minoría² y una banda de fascinerosos. La lógica reaccionaria olvida que los Acuerdos de Paz son el resultado de casi 10 años de negociaciones con tres gobiernos distintos. Y aunque no tienen propiamente naturale-

2. Esta queja se refiere a que en la segunda vuelta el partido ganador solo obtuvo 30.000 votos sobre su contrincante.

za jurídica, tal como viene ocurriendo en todas las negociaciones habidas desde el fin de la Guerra Fría, tienen una profunda dimensión política y moral. Alcanzar la paz y fortalecer la democracia en una sociedad castigada por el autoritarismo, son valores superiores a la formalidad legal. Se convierten, en consecuencia, en Acuerdos de Estado y en la exigencia de su cumplimiento deberían estar comprometidos los sectores mayoritarios del país.

Tiene varias causas el triunfo de las fuerzas conservadoras a favor del No. Fue decisivo el voto de Ciudad de Guatemala, que prácticamente decidió el resultado final junto al voto de los grandes centros urbanos. A su vez, la población rural y los departamentos con predominio de población indígena (donde se desarrolló la última etapa del conflicto armado) votaron por el Sí. Se produjo lo que algunos analistas calificaron como una visible división en la geografía electoral a partir de su naturaleza étnica. Y lo étnico conduce a lo racista. En efecto, la explicación última del rechazo de la Consulta Popular hay que encontrarlo en las profundidades del alma nacional, donde aparece como su expresión más evidente *el supremacismo ladino*³ siempre asociado al miedo frente al indígena; el miedo que el amo siente por el esclavo, en la versión hegeliana. La extendida práctica de la discriminación al indígena, implícita en la conducta cotidiana del mestizo guatemalteco, se vuelve actitud conciente en los momentos decisivos. Hubo dos niveles en que el temor apareció. El argumento racista de los columnistas conservadores de la prensa, que se disfrazó pulcramente como un alerta: no conviene introducir divisiones entre los guatemaltecos, ni crear ciudadanos con más derechos que otros (¿los indígenas?). En la radio y en los actos de plaza, la convicción racista fue directa con la factura de una amenaza: *los indios van a mandar en este país*. Como todo prejuicio, encierra una mentira infame que cuando cae en un terreno fértil se vuelve verdad íntima. Una vez más el debate de la Consulta demostró que es más difícil convencer y más fácil confundir. Y que el racismo empieza a activarse frente al inevitable reconocimiento de la multiétnicidad de la nación guatemalteca.

Olvidar por que recordar es subversivo

Si a los demonios del racismo se les deja salir, producirán efectos devastadores para el cambio político democrático. Las fuerzas que alimentaron el rechazo en la Consulta ahora buscan consolidar su victoria en los espacios donde se construye la reconciliación nacional, la paz y la democracia. Las elecciones de noviembre de 1999 las ponen a prueba. Otro elemento importante de la consolidación democrática, estrechamente articulado a los propósitos de la reconciliación, es el tema de los crímenes masivos cometidos contra la población civil por el viejo régimen, del sangriento periodo de la guerra sucia en la que fueron asesinados 200.000 guatemaltecos. El tema de la memoria histórica está siendo soslayado, para olvidarlo. Y no se trata de revivir el pasado

3. Expresión coloquial, «ladino» hace referencia a lo no indígena. Su sinónimo o equivalente es «mestizo».

para buscar el castigo de los responsables porque en esta transición pasa a ser más importante el esclarecimiento de la verdad, la identificación de responsabilidades y víctimas⁴. Básicamente, para que las víctimas puedan des-criminalizarse y ellas y sus familiares puedan optar por el perdón. La única actitud ética ante el crimen es la memoria viva y acusadora, de modo que con la verdad reconocida por víctimas y victimarios se contribuya a asegurar que *nunca más* volverá a ocurrir en Guatemala un castigo de la magnitud que venimos de padecer. El país cuenta ahora con tres documentos irrefutables. El Informe *Guatemala, nunca más*, 4 tomos del Proyecto Interdiocesano de Reconstrucción de la Memoria Histórica (Rehmi), de la Iglesia Católica, publicado en abril de 1998; luego la aparición de la investigación de la American Association for the Advancement of Science y del Centro Internacional para Investigaciones en Derechos Humanos, *Violencia Institucional en Guatemala: 1960-1996, Una reflexión cuantitativa*, preparado por P. Ball, P. Kobrak y H. Spierer; y finalmente *Guatemala, memoria del silencio*, en 12 tomos, que es el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), patrocinada por las Naciones Unidas.

La sociedad guatemalteca, extrañamente, ha reaccionado con murmullos y silencios. Uno de los candidatos presidenciales con mayores probabilidades de ganar, en declaraciones recientes (1/9/99) señaló que no conocía los informes que se han producido. Es decir, no es tema electoral. El asesinato de monseñor Gerardi, 48 horas después de presentado el Informe del Rehmi del cual era responsable, representa una 'victoria' de los demonios del pasado. Una advertencia y un castigo de quienes han sido apartados del poder porque son responsables, todavía gozan de impunidad, de excederse en las peores formas de crueldad para mantener lo que ya era una situación de desorden sangriento. Con la documentación publicada, que responsabiliza al Estado de los crímenes cometidos, se esperaban diversas reacciones ante la magnitud de la denuncia del CEH, y especialmente las que formuló el presidente de la Comisión, el alemán Christian Toumuschat en el acto público de entrega del Informe. La Comisión del CEH señaló directamente a la alta jerarquía del Ejército, y a los servicios de seguridad del Estado de la responsabilidad por las masacres, crímenes y desapariciones cometidas entre 1960 y 1995. El estremecedor documento señala al Ejército como responsable del 93% de las violaciones registradas por la Comisión. Esto no puede ser olvidado en un momento de activación de la vida política como el que se está viendo.

Igualmente sorprendente fue el señalamiento directo hecho al Departamento de Estado y a la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos como co-responsables en la preparación, desarrollo, financiamiento y promo-

4. El general Rodolfo Lobos Zamora, integrante del Alto Mando a comienzos de los 80, el peor periodo de la violencia, sentenció ante un grupo de amigos: «Aquí no permitiremos lo de Argentina, ninguno de nosotros va a ser llevado a los Tribunales» (citado en una entrevista con el ex-director del Comité de Reconstrucción Nacional, general Luis Federico Fuentes Corado, Guatemala, 9/1989).

ción del conflicto armado y su complicidad permanente con los crímenes cometidos en 36 años⁵. La prensa le dio una cobertura especial al punto central del Informe, las «Recomendaciones», que a la fecha no han sido atendidas por el Gobierno ni por los sectores responsables. Pero la reacción pública ha sido discreta y los grupos que tienen sus raíces en el pasado ha empezado a desvalorar estos documentos porque «reviven el odio y alimentan los rencores». El argumento reaccionario es que es mejor enfrentar el futuro difundiéndolo las bondades del olvido ya que no del perdón. Así, los demonios del pasado estarán más tranquilos y el crimen quedaría impune. La consolidación democrática no será posible si la verdad no moviliza las mejores fuerzas de la sociedad para la aplicación de justicia. Si el gobierno democrático de la transición no lo hace, se vuelve cómplice del régimen autoritario y de sus crímenes, aparece como débil e incapaz de ejercer la justicia. Pero no solo es responsabilidad de las autoridades. También de las fuerzas democráticas, extrañamente paralizadas por ese temor que las huestes del pasado todavía despiertan. La profunda impunidad existente alimenta el vigor del demonio autoritario que se opone a la consolidación de la vida democrática.

Guatemala, septiembre 1999

5. El Informe fue escuchado por el presidente Arzu y el Estado Mayor del Ejército, el ministro de la Defensa, el embajador norteamericano y decenas de dignatarios internacionales venidos ex-profeso. Los 12 volúmenes se encuentran a la venta pública y el Informe completo, con más de 3.000 páginas, es también accesible por internet.



Chasqui

Revista Latinoamericana de Comunicación

Junio 1999

Quito

Nº 66

Manuel Calvo Hernando: 50 años de periodismo científico, **Antonio Calvo R.** Manuel Calvo H.: «Inventar el periodismo científico», **Manuel Toharia.** Democracia y periodismo científico, **Manuel Calvo Hernando.** Ciencia y tecnología, más allá de los medios masivos, **Marco Ordóñez Andrade.** El periodismo científico como servicio público, **Ignacio Bravo.** Televisión y comunicación para la salud, **José Henríquez Sandoval,** **Guillermo Orozco Gómez.** Medios audiovisuales y divulgación de la ciencia, **Alberto Miguel Arruti.** La infografía aplicada al periodismo científico, **Mariano Belenguer Jané.** Parque de las Ciencias de Granada: ventanas al laberinto, **Ernesto Páramo Sureda.** Comunicación científica en Colombia: todo un reto, **Lisbeth Fog.** Internet: el nacimiento de una gran nación, **Christian Ferrer.** NTIC y educación: el conflicto entre novedad e innovación, **Susana Velleggia.** Movimientos sociales y los retos de internet, **Sally Burch.** Lo real y lo virtual en las redes electrónicas, **Francisco Ficarra.** Telecentros y desarrollo social, **Ricardo Gómez,** **Patrick Junt,** **Emmanuelle Lamoureaux.** Un nuevo lenguaje técnico: el español en la red, **Alberto Gómez Font.** El español en la red: quintos en la liga y bajando, **Luis A. Fernández Hermana.** La TV ya no es lo que conocimos, **Carlos Eduardo Cortés.** Enredados y enchufados para saltar del cerco, **Victor van Oeyen.** Del internet en la radio hacia la radio en internet, **Oscar Vigil.** APUNTES: Letreros, **José Luis García.** Periodismo e investigación histórica, **Carlos Marchi.** NOTICIAS. ACTIVIDADES DE CIESPAL. RESEÑAS: Libros sobre la prensa iberoamericana, **Daniel E. Jones.** Gestión de la radio comunitaria y ciudadana. Un manual de trabajo para radialistas apasionados, **Claudia Villamayor,** **Ernesto Lamas.**

Chasqui, *Revista Latinoamericana de Comunicación - CIESPAL*; apartado 17-01-584, Quito, Ecuador. Telf.: (593-2) 506149; Fax: (593-2) 502487; e-mail: chasqui@ciespal.org.ec. Internet: <http://www.comunica.org/chasqui>